ENRIQUE DÍAZ, EL GRAN OLVIDADO DEL VALLENATO

Por Lácides Martínez Ávila

Injusta, hasta el momento, ha sido la crítica musical para con Enrique Díaz, quien, sin embargo, es uno de los más legítimos exponentes del folclor vallenato. Injusta, no porque lo haya tratado mal, sino porque, precisamente, no lo ha tratado. Tanto los programas radiales como las secciones de periódicos que se encargan de promover, analizar o comentar la música vallenata, no se han ocupado, en su generalidad, de este buen acordeonero. Ello, seguramente, se debe a la comercialización de este género musical, toda vez que Enrique Díaz siempre se ha caracterizado por su incólume fidelidad a los tradicionales cánones del folclor, sin que esto quiera decir que no haya interpretado, además, algunos aires no vallenatos, como charangas, pachangas y otros, pero, cuando de interpretar vallenato se trata, que es casi siempre, lo hace genuinamente.

Entre los atributos musicales de Enrique Díaz, se encuentra uno muy importante, que es el de saber combinar rítmicamente el bajo con la nota. La ejecución correcta del bajo, en los distintos casos --a saber, el paseo, el merengue, la puya y el son--, no es fácil de hallar entre los acordeoneros de nuestro folclor, y, antes por el contrario, el tratar de lograrla se ha constituido siempre en un dolor de cabeza para éstos. Tanto es así, que el padre del vallenato grabado, el maestro Abel Antonio Villa Serna, adoleció de esta limitación, como bien se lo echó en cara Luis Enrique Martínez en unos versos correspondientes a la famosa y legendaria piqueria que ambos músicos sostuvieron hace muchos años y que rezaban así: *“Soy el hombre que puede decirlo/ y es que lo sostengo porque tengo facultad/ Si me viene con nota reñimos/ si viene con bajo no tengo ni pa’ empezar”.*

Enrique Díaz es natural de Marialabaja (Bolívar), y esta circunstancia puede inducir a catalogarlo dentro de la modalidad del vallenato sabanero. Sin embargo, esto, en rigor, no es correcto si se tiene en cuenta la naturaleza y la estructura de su música. En este sentido, Enrique Díaz constituye un caso especial en su género; es lo que podríamos denominar un músico vallenato integral, porque en su estilo confluyen todas las modalidades de la música vallenata. Hay en él mucho del guajiro Luis Enrique Martínez, del cesarense Alejandro Durán, del magdalenense Juancho Polo y del bolivarense Andrés Landero. Ello tal vez obedece a que, cuando Enrique Díaz

surgió, eran aquellos acordeoneros los que se hallaban de moda, y debieron sin duda de influir simultáneamente en la formación musical del "Príncipe de Marialabaja", como suele llamársele.

En cuanto al contenido en sí de las canciones de Enrique Díaz, es mucho lo que dice del carácter esencialmente folclórico de éste. Vieja faceta del vallenato es la de cantarles a los personajes importantes de la región, como, por ejemplo, al difunto Pedro Castro, en lo que a la Provincia se refiere. Esto, parejamente, es lo que hace Enrique Díaz cuando les canta a Germán Bula, a Lizardo Guzmán, etc.

Injusto, pues, ha sido, desde todo punto de vista, el olvido de que ha sido objeto Enrique Díaz por parte de la crítica musical; aunque a este olvido ha contribuido quizá el mismo acordeonero con su marginamiento voluntario del Festival Vallenato desde 1970, cuando participó en la tercera versión de dicho certamen, habiéndose sentido tal vez inmerecidamente calificado, cosa que, pese a todo, no justifica en ningún momento su retiro definitivo del Festival, porque, si bien es cierto que este evento, como todos los de su especie, ha tenido en algunas ocasiones desatinos, también es cierto que no siempre ha sido así y, por el contrario, han sido mucho más sus aciertos que sus desaciertos. Además, haber sido superado por rivales de la talla de Calixto Ochoa y de Náfer Durán, no es cosa que deba avergonzar o resentir a ningún acordeonero, por bueno que sea.

Ojalá Enrique se decida y retorne al Festival de la Leyenda Vallenata, para bien tanto de él como de éste.